



Una vida dedicada a la ruralidad

La vida está llena de historias. Algunas parecen una más, pero esta no lo es. En un lugar distante, lejos del mundanal ruido de la ciudad, en una estancia tranquila y apacible se suceden las aventuras rodeados del canto armónico de los pájaros y de la naturaleza multicolor que nos llena de vida: La escuela. Mi escuela

Han pasado años... recuerdo que cuando llegué me sentí temerosa y preocupada; pensé que quizá no lo lograría. Se espera con calma intensa que se produzca lo anhelado: Regresar al pueblo donde se nace.

Las experiencias se marcan entre la desilusión y el entusiasmo; entre el rechazo y los recuerdos de quien se ha ido y se extraña. La maestra anterior dejó una huella significativa. Y yo, debo marcar un nuevo camino, un nuevo comienzo.

La primera tarea a mi llegada fue arreglar los salones y el jardín que, fue creciendo con dinamismo. La comunidad me colaboró con el cariño propio de quien quiere brindar una bienvenida importante a la persona que guiará a sus hijos en la educación. Todos estábamos adormecidos por los meses transcurridos de la “pandemia”, abandonados de nuestra realidad. La escuela también lo sintió.

Al comienzo me quejaba de los veinte minutos que tomaba llegar hasta allí. Lamentaba el frío, el calor, la lluvia. Pero debía creer que Dios con su presencia me hacía las cosas más fáciles.

Siempre quise ser maestra y los veinte minutos son insignificantes cuando nos enteramos de que la jornada del día comienza con la oscuridad total que aproxima el amanecer para los estudiantes; sus dificultades y tropiezos en el camino; el sacrificio de largas caminatas de algunos para llegar a mi encuentro. Esas vicisitudes son banalidades en mi esfuerzo.

Ellos son los héroes, no yo.



El campo, lo rural... el abandono de el Estado... las pocas oportunidades que tiene los niños... el futuro, las familias. Los recuerdos vienen acompañados de preguntas una y otra vez.

Los primeros bachilleres que ahora son profesionales llegan a mi encuentro, me agradecen con satisfacción y cariño denodado. Es ahí cuando me encuentro conmigo misma y entiendo la razón del por qué soy profesora.

Los niños y niñas del campo son las personitas más cálidas y agradecidas: trabajan en sus casa cuidando los animales y haciendo los oficios propios de sus parcelas. Me llena de emoción recordar a algunos de ellos.

Viene a mi memoria... una niña de grado segundo. Tenía dificultad para leer. Me armo de paciencia y con cariño y dedicación lo va logrando. Recuerdo que me decía: “Profe usted me tiene paciencia, no me regaña. Me siento tranquila”. Aprendió a leer y mi corazón se llena de regocijo.

Luego, como suave brisa que recorre estas dulces montañas llega a mi pensamiento un jovencito aplicado, juicioso, responsable. Se sentía preocupado y triste al pensar que los recursos económicos de sus padres no alcanzarían para ir a la sede del bachillerato, distante. Debía contar con la ayuda de los tíos. Ellos, lo “adoptaron” temporalmente durante los seis años. Vino hacia mi con gran felicidad a enseñarme su diploma. Se sentía orgulloso por haberlo logrado. Sé que se encuentra estudiando Ingeniería Forestal. Será un profesional destacado porque tiene una gran personalidad.

Hay una historia más que quiero destacar.

Pero... a diferencia de la anterior ésta me entristece un poco.

Los padres, definitivamente, ignoramos el daño que hacemos a nuestros hijos cuando sucede una separación.

Mi querida niña... aplicada, emprendedora, comprometida en los primeros años de la escuela, se derrumba. Sus padres se alejan de ella. Es notoria su rebeldía... abandona el estudio estando en grado octavo. Se embaraza y sufre. Vienen más hijos acompañados de malos tratos y escasez. Arrepentimiento y oportunidad parecen renovarla. Ingres a al programa para adultos CEDEBOY.

Los encuentros y desencuentros me acompañan... algunas veces con dulzura y otras con cierta amargura. Me convengo de que algo he transmitido; que en algún lugar del corazón de mis estudiantes me encuentro. Seguiré orando por ellos cada día, tanto por quienes no perdieron el horizonte como por quienes espero que lo recobren. Mi cariño estará ahí para acompañarlos.



Mariposa Errante

Son las siete de la mañana. Un suave viento acaricia mi rostro y mi sonrisa y mis pensamientos están presentes para comenzar a tejerlos.

Uno a uno llegan los niños con gran entusiasmo. Los saludo y quiero ver en sus caritas si desayunaron; si el tiempo fue suficiente para que lo hicieran. O, quizá hubo discusiones en sus casas y están malhumorados y tristes. En la escuela esperan que pasen sus penas, y se iluminan.

Han llegado las catorce cabecitas que procuran en mí el deseo de transmitir, acompañado por el amor que siento hacia ellos.

Quise ser maestra para impulsar mi corazón a servir. He acumulado años de experiencia, pero conservo lozanía. Cada instante que paso con mis niños reconforta mi voluntad. La que debe ser aún más fuerte en estos tiempos difíciles: un enemigo silencioso ha aparecido en mi vida; siempre inesperado. Me diagnosticaron un cáncer que, más que desanimarme me ha invitado a vivir con plenitud.

Es curioso que no somos conscientes de lo extraordinaria y valiosa que es la vida hasta que aparece algún “espectro” que nos recuerda que no sabemos observar las maravillas que nos acompañan; entre ellas los niños; mis niños, que se han arrumado en mi corazón como hijos de mis entrañas que dan sentido profundo a mi ser. Mi ser que no ha concebido sus propios hijos: recibo cada sonrisa y ocurrencia con gratitud.

Veintiocho años de servicio son un cúmulo de satisfacciones e inseguridades propias del servicio docente. El día comienza y termina con el sol, con la calidez de gente buena y solidaria.

Mis inicios se dan en los ambientes rurales en una sede que requirió de restauración colaborativa de la comunidad. Como otros profesores se vive con una familia que nos transmite tranquilidad y seguridad en



medio de las adversidades: el calor, los insectos, las serpientes, la falta de energía eléctrica. Se vuelve casi una constante las pocas posibilidades de avanzar cuando los elementos básicos son escasos. De igual manera las posibilidades de los estudiantes de continuar con el bachillerato. Son situaciones frustrantes para unos y otros. Hay pobreza.

Las vías carretables no están bien; la agricultura y la ganadería no es abundante. No olvidaré aquel bello lugar donde permanecí once años.

Un profesor, cuando considera que hay un ciclo cumplido desea un cambio más apropiado para estar cerca a la familia. Un nuevo paisaje, acompañado de lloviznas frecuentes me rodean: cambio de vestuario. Visita de cada ocho días y no de cada mes me llenan de un calor acogedor. Me encuentro con gente honesta y trabajadora, pero con un elemento en común: no hay energía eléctrica.

Allí veo que el proceso de ampliación en la educación se logra con mayores posibilidades, por desgracia no para todos los estudiantes. Algunos van a la universidad; otros gustan de ir a prestar el servicio militar. Otros de trabajar en las actividades agrícola y ganadera que, también son importantes para el desarrollo del país. Nueve años de nuevas vivencias fueron suficientes para emprender un nuevo rumbo.

Como maestros -lo sabemos- un nuevo viaje nos abre nuevas posibilidades y gratitudes. El clima me es más favorable y no está lejos de mis padres. Un compañero profesor me acerca desplazándose por la vía principal donde me espera un padre de familia con su motocicleta para llevarme en doce minutos de recorrido hacia mi escuela; con una constancia de ángel de la guarda. Mi ángel enfermó en alguna ocasión (tres semanas estuvo hospitalizado), más no me desamparó y dio el encargo a un hermano: con ninguno de los dos he tenido algún percance que lamentar.

No sé si se acerca mi hora de retiro. Lo medito ¿Qué llegará primero, la jubilación o la muerte? Solo quiero pensar en lo vivido y lo hecho para con mis jovencitos como maestra rural.

Soy mariposa errante que vuela a través del viento y el sol de siempre.

Taller de memoria dirigido por el
Dr. Diego Fernando Acevedo León